

¿HACIA DÓNDE VA EL PRADO?

Puede parecer una pregunta tópica o incluso ociosa, ya que nos parece que todos conocemos el camino que estamos haciendo en cuanto que nosotros somos una parte importante y viva del Prado hoy.

Sin embargo no estaría mal que tomásemos en serio la pregunta y que intentemos responder o descubrir los trazos que el Prado está siguiendo y sobre todo los senderos que deberá frecuentar y transitar en el presente y en el futuro que estamos tocando. Nuestra reflexión y nuestra búsqueda deberán centrarse tanto en el Prado en su conjunto como en el Prado Latinoamericano que tiene sin duda una especificidad en comunión con el caminar que la Iglesia latinoamericana y el Caribe se ha trazado después del Concilio Vaticano II.

1 Las nuevas constituciones

En la Asamblea General extraordinaria de 1986 se aprobaron las nuevas constituciones. El Prado tenía necesidad de darse un nuevo estatuto y un nuevo marco institucional que garantizase el desarrollo, la maduración y la continuidad del carisma en el contexto eclesial renovado del Concilio Vaticano II. Esta etapa coincide con la expansión del Prado a nivel internacional que se había iniciado en la década de los setenta.

Las constituciones son un texto de una gran riqueza espiritual y teológica. Antes que una regla de vida son una invitación apremiante a caminar en unión conformidad con el Enviado del Padre para llevar a cabo “la obra de Dios” entre los pobres y con los pobres. Su contenido desborda el ámbito jurídico y contiene sobre todo el desarrollo del carisma pradosiano desde su dinamismo cristológico y apostólico, que revela su proyección, su actualidad y vigencia en el mundo y en la Iglesia de hoy.

El trabajo de elaboración que el Prado hizo en esos años es realmente una obra del Espíritu Santo que ha permitido a nuestro Instituto recrear la intuición y el camino del Padre Chevrier en el contexto posterior al concilio y que hoy estamos llamados a seguir desarrollando y renovando veinte años después, pues muchas cosas han cambiando en el mundo y en la Iglesia. En este nuevo contexto el Prado ha de desarrollar su misión y la gracia de su carisma para contribuir a la construcción de la Iglesia, a que los pobres conozcan a Jesucristo y se vean enriquecidos con la Buena Nueva del Evangelio.

En la configuración del Prado y en su caminar apostólico y espiritual las Constituciones marcan unos determinados acentos que hemos de tener en cuenta en el camino a recorrer y en el rumbo a trazar.

El Prado es una vocación

Para muchos sacerdotes y obispos el Prado era comprendido como una ayuda espiritual para los sacerdotes. Ofrece unos medios que ayudan al presbítero a permanecer fiel a la vocación sacerdotal y a cultivar algunas dimensiones de la vida de fe, de la vida espiritual e incluso apostólica. Esta ayuda fue valorada en gran medida durante los momentos difíciles del postconcilio en el que la crisis fue muy fuerte y muchos sacerdotes abandonaron el ministerio.

La novedad, que no lo es tanto ya que encuentra sus raíces en la misma experiencia del P. Chevrier, está tal vez en explicitar que el Prado es una vocación. Somos conscientes de que para nosotros lo esencial es el ministerio y lo adjetivo es lo pradosiano. No es el Prado quien nos sitúa primordialmente en la Iglesia y en el mundo, sino nuestra condición sacerdotal. El Prado viene a desarrollar ciertos matices y dimensiones que ya están incluidos en el ministerio sacerdotal. Las mismas constituciones señalan explícitamente: “Nuestra vocación pradosiana de discípulos y apóstoles de Jesús nace y crece en la Iglesia... Aquellos de entre nosotros que, por la imposición de manos y la unción del Espíritu, han sido ordenados sacerdotes, son constituidos ministros de Jesucristo en las naciones, desempeñando el sagrado ministerio del Evangelio. La gracia de nuestro

sacerdocio que nos configura con Cristo Sacerdote para hacernos capaces de obrar como en persona de Cristo Cabeza nos urge a vivir nuestro ministerio como verdaderos discípulos de Jesucristo al servicio de los pobres” (Cons 7). Esto último es también una llamada de Dios a cada uno de nosotros y no simplemente la adhesión a una línea sacerdotal que me gusta o está de acuerdo con mi manera de pensar o de ver el ministerio. Esta es la meta del proceso de formación en el Prado: descubrir que nuestra vocación se apoya en la Palabra de Dios y no en nosotros; y también que profundizar la vocación pradosiana es ahondar en el ministerio sacerdotal.

Este gran aporte de las constituciones necesita ser profundizado y asimilado por el conjunto del Prado. Estamos ante un gran reto que sin duda marca y compromete la configuración del Prado, su misión en la Iglesia y su futuro en una coyuntura tal vez fluctuante y cambiante que nos ha tocado vivir y dónde no resulta fácil saber situarse.

La vocación particular del Prado nos confronta a una clarificación tal vez en dos frentes: la vocación sacerdotal de presbíteros diocesanos, por una parte y nuestra condición de miembros de un Instituto Secular que implica una pertenencia añadida, por otra. Tanto para muchos pradosianos como también para los hermanos presbíteros, religiosos e incluso obispos esto no está muy claro. Nosotros mismos hemos de mostrar y testimoniar cómo vivimos esta vocación, cómo este carisma se encarna en nuestra condición de sacerdotes seculares al servicio de una Iglesia local en el seno de un presbiterio.

Sacerdotes Diocesanos

El Prado como vocación nos remite a una dimensión que se afirma y subraya fuertemente en las constituciones: la condición diocesana. El Prado es un Instituto Secular formado por sacerdotes diocesanos: “los sacerdotes viven esta vocación apostólica en su condición de sacerdotes seculares, es decir, como sacerdotes en el mundo, cooperadores del orden episcopal y servidores del Pueblo de Dios dentro de un presbiterio, recibiendo, por tanto, su misión canónica inmediatamente del obispo de la diócesis” (Cons 6).

El Prado no tiene obras propias, ni un método propio de apostolado, ni siquiera un campo específico en el que ejercer la misión. En cuanto sacerdotes diocesanos los pradosianos se insertan en la vida de la diócesis, recibiendo del obispo la misión que éste les encomiende (Cons 21; 24).

Los sacerdotes del Prado somos sacerdotes diocesanos a todos los efectos. No somos una asociación híbrida mitad diocesana y mitad asimilada a una congregación religiosa. Las constituciones y nuestra propia conciencia de pertenencia a la diócesis subrayan esto con claridad: “ordenados en una Iglesia particular, como miembros estables de un presbiterio diocesano cuyo ministerio y fraternidad sacramental comparten, los sacerdotes del Prado participan de todo lo que constituye la vida del clero diocesano desde el punto de vista material, espiritual y pastoral” (Cons 23; 68).

La afirmación y el acento de la condición diocesana pueden dejar en la sombra o en la indefinición la especificidad de la vocación pradosiana. Si afirmamos tanto nuestra condición de miembros del presbiterio diocesano, ¿no corremos el riesgo de quedarnos sin espacio o de ver desdibujada la identidad del carisma? Es importante llegar a una inteligencia y comprensión equilibradas de la relación entre la vocación ministerial y, dentro de ella, de la vocación pradosiana. No se trata de entrar en una dialéctica de contrarios (o esto, o aquello), sino de integración y complementariedad (aquello en esto).

¿Cómo hacer valer o hacer reconocible el carisma del Prado en la vida de cada Iglesia particular y en el seno del presbiterio del que los pradosianos son parte como el resto de los presbíteros? Este es un gran desafío para el Prado hoy. Necesitamos profundizar y asimilar bien esta dimensión y hacerla comprender a todo el pueblo de Dios, especialmente a los hermanos del presbiterio y a los mismos obispos.

La vocación y la misión de San Pablo pueden iluminar esta relación o esta doble pertenencia al Presbiterio diocesano y al Prado. Lo primero y lo substantivo en Pablo es su vocación apostólica, su condición de apóstol. La dedicación a los gentiles es una especificación que estaba ya inscrita en la vocación apostólica. Por ello también en el Prado podemos hablar de una vocación específica, que viene a concretar la vocación al ministerio. La Iglesia reconoce en nosotros una manera especial de dedicar nuestro ministerio al servicio de los pobres. Por esto mismo la originalidad de la vocación del Prado consiste en poner en el centro de las preocupaciones del presbiterio la evangelización de los pobres y que los pradosianos hemos sido llamados a evangelizar a los pobres haciéndonos discípulos y apóstoles de Jesucristo. Evangelizar a los pobres significa que los pobres conozcan a Jesucristo, lleguen a ser sus discípulos y sean evangelizadores de los mismos pobres. La vocación pradosiana viene a especificar o concretar nuestra participación en la misión del Verbo tal como nos ha sido confiada por el ministerio de la ordenación presbiteral.

La relación con el obispo: primordialmente es sacramental, por el don del ministerio. Nuestra vocación está directamente ligada al ministerio apostólico, a nuestra condición de ministros ordenados y no a un carisma, como ocurre con los religiosos. Siendo esto así no quiere decir que los distintos carismas en el seno del presbiterio sean algo irrelevante o de escasa importancia tanto para los sacerdotes como para el obispo. Es misión del obispo velar y cuidar por los carismas que son dones del Espíritu Santo al servicio de la construcción de la Iglesia. El Prado no nos separa del obispo o de la diócesis, sino que nos vincula estrechamente a él. Esto es importante vivirlo nosotros y hacérselo ver al mismo obispo. El Prado es una vocación, es una gracia, por lo tanto la iniciativa está en Dios y no en nosotros. El ha querido enriquecer a la Iglesia y a nuestras Iglesias con distintos dones y carismas, entre ellos el Prado. Nuestra manera de construir Iglesia, de hacer presbiterio es desde lo que somos, desde lo que hemos recibido. El mejor servicio que podemos hacer al conjunto de nuestra Iglesia es vivir nuestra vocación y la gracia recibida con la mayor fidelidad posible para contribuir así a la construcción y al fortalecimiento del cuerpo de Cristo.

El magisterio de la Iglesia, especialmente Presbyterorum Ordinis y la exhortación PDV reconocen la contribución positiva y la riqueza que las asociaciones de sacerdotes, en particular los institutos seculares sacerdotales, que tienen como nota específica la diocesaneidad, aportan a la Iglesia local y al presbiterio diocesano tanto en lo que toca a la vida espiritual como en la vida apostólica (PDV 81; PO).

La relación con el obispo es algo a reflexionar, a revisar ya que estamos unidos a él por un vínculo sacramental y por lazos de fe y comunión. ¿Qué conocimiento del Prado tienen nuestros obispos? ¿Cuál es la relación habitual, los encuentros la comunicación que cada prado diocesano tiene con el obispo y cada pradosiano? Información, conocimiento de la programación del Prado diocesano, invitación a algún encuentro, vistas del Responsable Diocesano... Todo esto tiene una gran importancia para el Prado, sobre todo cuando el Prado ha de pedir al obispo la dedicación completa por un tiempo de algún sacerdote al servicio de la animación de la vida del Prado. En este campo nos sentimos débiles e impotentes ante las decisiones de algunos obispos. ¿Qué nos están indicando algunas de sus posturas negativas? Como ya hemos apuntado no resulta fácil vivir el equilibrio entre nuestra condición de sacerdotes diocesanos y de miembros del Prado, pero no podemos olvidar que el Prado es obra de Dios y es una institución aprobada por la Iglesia que todo obispo debe cuidar. Este equilibrio, sin duda alguna, lo viviremos en tensión muchas veces, porque no es fácil llegar a una buena comprensión. También es difícil en la misma Iglesia entender la riqueza de la diversidad. Por otra parte está la tendencia a confundir la unidad con la uniformidad, el concebir los grupos o movimientos como estructuras de poder y no como espacios de libertad, de comunión, de servicio al conjunto de la comunidad eclesial. Esto siempre será una cruz que hemos de estar dispuestos a sobrellevar con amor y con serenidad.

2 Una pequeña radiografía

Las constituciones aparecieron en el tiempo en que se estaba consolidando la expansión del Prado iniciada unos años atrás especialmente en África y América, un poco más tímidamente en Asia, donde el cristianismo es mucho más minoritario.

El Prado llegó a estos continentes a través del testimonio y de la entrega admirable de pradosianos Fidei Donum que dieron a conocer al P. Chevrier y su espiritualidad apostólica en las Iglesias a las que fueron enviados. Como es normal, ellos difundieron el carisma pradosiano en la tradición que ellos lo habían recibido, concretamente en Francia muy ligado a los movimientos de Acción Católica, a la Pastoral Obrera y al compromiso y presencia sacerdotal en medio de los pobres.

A través de estas mediaciones el Prado llegó a muchos de nosotros con una fuerza de atracción extraordinaria, como una ola de aire fresco que renovaba nuestra vida, nuestro ministerio y la vida de nuestras comunidades y de nuestras Iglesias. Muchos de vosotros sois testigos directos de todo esto.

De esta forma el Prado se fue extendiendo por casi todos los continentes y especialmente en el continente Latinoamericano, donde ha llegado a varios países, pero también en estos últimos veinte años apenas ha entrado en un nuevo país, si exceptuamos Venezuela. En Cuba, en Nicaragua y Guatemala la presencia de pradosianos ha sido por medio de misioneros, pero sin ninguna incorporación del clero del país. En América Central el Prado no ha entrado y no resulta fácil hacer nuevas fundaciones, según el lenguaje de las congregaciones religiosas.

Tras unos años de una cierta efervescencia, entusiasmo y crecimiento, tal vez el Prado está pasando por un tiempo de un cierto letargo o estancamiento en muchos países. Europa sufre una fuerte crisis vocacional y esto también repercute en las vocaciones al Prado, aunque las causas son tal vez más complejas y no se reducen a la carestía vocacional.

Una mirada global, con honrosas excepciones, nos presenta una fisonomía de un cierto estancamiento, tal vez de una falta de dinamismo y de impulso, un cierto desconcierto por no tener muy claro hacia dónde vamos o no saber por dónde tirar en la presente coyuntura.

El envejecimiento del Prado es muy fuerte en los viejos Prados de Europa, pero también comienza a asomarse en otras latitudes, como Medio Oriente, India, Argelia, México y algunas islas del Caribe.

En el caminar del Prado ha habido una dificultad en el paso y comunicación del carisma a los pradosianos del país y a las nuevas generaciones. Creo que nos ha faltado lucidez y acierto para hacer y acompañar la transmisión. Cuando los pradosianos Fidei Donum han abandonado el país en muchos sitios el Prado sufrió un gran debilitamiento e incluso casi la desaparición en algún lugar. Es el caso de casi todos los Prados de África, con la excepción de Madagascar, pero de una forma menos traumática en América Latina se ha acusado este mismo fenómeno. Creo que existe todavía una gran dependencia del Consejo General y de los pradosianos Fidei Donum, aunque los responsables sean ya los pradosianos del país. Normalmente se ha dado un bajón cuando los misioneros han regresado a su país.

Yo he percibido algo de esto en casi todos los prados latinoamericanos que he visitado. Esta dependencia o esperar que ciertas cosas o recursos lleguen desde fuera es más acusado en unos países que en otros, pero yo he encontrado ciertos síntomas en casi todos: Bolivia, Chile, Ecuador, Brasil, México, Colombia, Perú...

La gran dificultad y el gran reto que tiene el Prado Latinoamericano es su capacidad de gestionarse y de animarse a partir de sí mismo, aunque en comunión y coordinación con el Prado General y todo el conjunto del Prado. Es necesario cortar el cordón umbilical y la dependencia que yo encuentro todavía muy arraigada, incluso en los Prados más numerosos y más consolidados: México, Brasil, Colombia. Pensemos en la dificultad real de encontrar personas disponibles por sí mismas y por parte del obispo para dedicarse totalmente por un tiempo al servicio del Prado. En la misma línea

está la cuestión de las cotizaciones y la financiación de los distintos gastos que tiene cada Prado y la participación en la caja internacional.

Si un Prado no dispone de personas que se consagren a este servicio no podemos hablar de un Prado consolidado o enraizado en nuestras Iglesias. La vocación pradosiana requiere una consagración para su difusión y animación. Esto muchas veces es duro y supone renunciar a cosas muy legítimas, a aspiraciones que pueden colmar incluso nuestros deseos de una entrega total a la misión en nuestras iglesias. Si un Prado no llega a descubrir esto y avanzar en esta dirección, su futuro no será muy duradero y la Iglesia se verá privada de una gracia que supone una gran riqueza para los pobres.

Es verdad que las dificultades son reales, que las vocaciones al ministerio ordenado no sobreabundan, pero hemos de evitar la tentación de descargar toda la culpa en los obispos y justificarnos de que somos débiles ante ellos y no podemos hacer más. Ciertamente que el obispo podrá oponerse, mostrar su disconformidad o su negativa a que tal responsabilidad sea asumida, pero habrá que seguir luchando y trabajando para que él cambie de actitud y de pensamiento. Por esto insistía en la importancia que tiene la relación del Prado diocesano con su obispo y de que éste tenga un conocimiento del Prado que le permita comprender esa gran necesidad y que el Prado no es una afición o una devoción de un pequeño grupo de sacerdotes de su diócesis sino una vocación y una obra de la Iglesia, de la cual él es obispo. Si los obispos autorizan gustosamente a ciertos presbíteros a dedicar un tiempo para la misión Ad Gentes o para hacer estudios, ¿Por qué se niegan a que preste un servicio en la formación espiritual y apostólica de un grupo de sacerdotes, sabiendo además que la acción del Prado se proyecta en otras realidades de la vida eclesial que sobrepasan el Instituto del Prado?

Sé que esto es un fenómeno complejo en el que entran muchos factores de nuestra historia pasada y también presente. Posiblemente tenemos necesidad de ahuyentar muchos fantasmas y prejuicios que nos han estigmatizado a causa de ciertas comprensiones del Prado tal vez un poco ideologizadas que circularon y aún siguen circulando. Otro factor importante también es la imagen parcial del Prado que algunos de nosotros hemos contribuido a difundir que no ha ayudado a una buena comprensión y recepción.

3 El Prado Latinoamericano

Este apartado os corresponde hacerlo y reflexionarlo a vosotros más que a mí. En mis ocho años de Asistente es la primera vez que vengo a un encuentro del Prado Latinoamericano. Hay todo un camino y una historia muy rica que se emprendieron a partir de las constituciones en las distintas Asambleas y Sesiones de formación del Prado Latinoamericano que pretendía consolidar un Prado incipiente que venía brotando con mucho ímpetu y mucho dinamismo. Fueron tiempos de reflexión, de búsqueda, de avanzar hacia una estructura abierta y flexible acomodada a la realidad de América Latina y al camino que las distintas Iglesias iniciaron conjuntamente a partir del Vaticano II.

En los últimos años la orientación cambió y tal vez las sesiones y las asambleas han perdido el vigor y el dinamismo que tuvieron en otro tiempo. Los motivos serán complejos y no fáciles de diagnosticar. Yo mismo, en el primer mandato he seguido las cosas de lejos, casi como un espectador y asentí a la visión que transmitían los responsables en ese momento. Ciertamente que se produjo un cambio notable en el enfoque y en el impulso del Prado Latinoamericano. El cambio de Responsable en el 2001 impulsó el reforzamiento de los Prados de cada país y dejó muy en segundo plano el Prado continental, cuya estructura le parecía muy secundaria y a veces incluso un impedimento o algo paralelo. Cuando yo me incorporé al Consejo y escuchaba esto me inclinaba a pensar lo mismo y a dejar que la estructura del Prado Latinoamericano languideciese hasta no ser necesaria.

Sin embargo hoy no pienso lo mismo. Comencé a preguntarme por qué se había iniciado e impulsado este proceso y esta organización en este Prado continental. Creo que tiene su sentido, aunque a veces sea difícil encontrar el equilibrio y el encaje entre lo que mal-llamamos un Prado

nacional y el Prado continental de América Latina. Respetando las constituciones el modelo de organización de los Prados de Europa tiene difícil aplicación en muchos Prados de América Latina, aunque pueda ser aplicable en algunos países. Por esto mismo había que abrir el abanico de posibilidades y ser inventivos en el marco de nuestro estatuto y de nuestro modelo de organización.

Algunos Prados difícilmente van a llegar a ser Prados erigidos. ¿Cómo garantizar su animación y su acompañamiento en el futuro? Puede que el modelo actual no sea el más eficaz, ni sabemos si en un futuro próximo será sostenible, tanto por la configuración del Consejo (Un responsable y dos asistentes...), como por la eficacia y los costes... Chile, Perú, Ecuador, Bolivia, el Caribe... por sí mismos son Prados débiles y difícilmente podrán ser Prados erigidos. Pero se puede pensar en hacer un Prado erigido formado por países próximos o asociar un pequeño Prado a otro más numeroso (como acontece en Medio Oriente). Las visitas posiblemente serían menos costosas y más próximas a la realidad de cada región... Esto contribuiría a una mayor implicación de los pradosianos del lugar, a una mayor cercanía, pues Lyon está muy lejos. Por esta razón merece la pena seguir profundizando y reflexionando en la renovación y relanzamiento del Prado Latinoamericano, sin olvidarnos de reforzar los Prados en cada país y la animación de cada Prado diocesano. Sería bien importante darnos un tiempo para sugerir caminos y hacer propuestas y líneas a seguir.

La mirada de uno que viene del otro lado del océano puede ser muy bisoña y sin duda parcial e incompleta. Yo puedo ofrecer tal vez una ojeada, pero se necesita el contraste y la mirada o la revisión a conciencia, que es lo que vosotros tenéis y conocéis. Me sale tal vez un cuadro un poco negativo y borroso que vosotros tenéis que embellecer.

Empezando por lo más positivo que yo veo, últimamente se aprecia un repunte, una renovación en el Prado de Brasil, en Colombia y también en Perú. Esto es muy importante y esperanzador, aunque no debemos dejarnos impresionar únicamente por el número. Vemos que le cuesta el despegue a los Prados de Bolivia, Ecuador, Chile, Estados Unidos o incluso México que en algunas diócesis sufre un cierto estancamiento. Los años pasan muy de prisa y algunos prados dentro de poco pueden verse bastante envejecidos, como apuntamos más arriba: México, Chile, algunas islas del Caribe, Ecuador...

El reto mayor es que cada Prado sea tomado y conducido por los pradosianos del país. Son ustedes quienes tienen que tomar las riendas del Prado. La cuestión de la dedicación plena al servicio de la animación del Prado en muchos países es fundamental. Necesitamos avanzar y hacer posible este proyecto y darnos los medios necesarios para ello. Otro de los grandes desafíos es el acompañamiento de los procesos de formación, no sólo la Primera Formación, sino la Formación Permanente, la calidad de la vida pradosiana en los distintos equipos, los medios que nos damos para poder avanzar en la profundización y enraizamiento del carisma personalmente y en equipo.

Al final de la Asamblea 2007 el nuevo responsable, tras su reelección, propuso como una meta del nuevo mandato el impulso de algunos Prados para que llegasen a ser erigidos en un período de tiempo relativamente próximo. El habló de Corea y Brasil en primer lugar, pero también de México y Colombia. Brasil ha trabajado en la elaboración de su Directorio particular, pero el Consejo del Prado brasileño en su reunión de noviembre, ha visto que todavía es prematuro, pues hay condiciones y exigencias que todavía no están a su alcance. México y Colombia creo que están en su preparación remota, pero no han iniciado todavía el proceso que conduzca a esa meta. Este puede ser un punto a debatir y dialogar en este marco de encuentro.

Yo he marcado o acentuado las carencias y fragilidades, los retos que se le presentan al Prado en el presente y en un futuro inmediato. No se trata de una mirada negativa, pesimista o desconfiada, sino de tomar conciencia de algunas de nuestras carencias y de trabajar más decididamente en reparar algunas de nuestras insuficiencias y pequeñas averías. En las frágiles vasijas de barro que somos cada pradosiano y los prados de nuestros países se contiene la gran riqueza del carisma del Prado que Dios y la Iglesia nos han confiado para anunciar a los pobres la insondable riqueza de Jesucristo. Somos depositarios de un gran tesoro que tenemos que compartir, difundir y fortalecer.

Es Dios el verdadero garante y él lo va a conservar a pesar de nuestras contradicciones e infidelidades. Sabemos que el Prado es obra de Dios y lo sostiene el Espíritu. El P. Chevrier repetía qué lejos me veo de ese modelo, de su pobreza, de su caridad... Teresa de Jesús tiene también la misma experiencia: “Por eso no había de querer vivir, porque no vivo conforme a los que os debo. ¡Con qué imperfecciones me veo! ¡Con qué flojedad en serviros!” (V 39,36). Es cierto que el Prado lo sostiene el Espíritu y es él quien lo hace vivir y crecer, pero no debemos olvidar nunca que la parte que nos toca a nosotros hemos de asumirla con diligencia y esa Dios no la va a hacer. Esta es nuestra gran responsabilidad.

4 ¿Hacia dónde va el Prado?

Es una bonita pregunta, una gran cuestión. Yo no sé si esto nos lo hemos planteado seriamente y con rigor durante estos últimos años, pero es conveniente y necesario reflexionarlo, dejarse interpelar y entrar en un proceso de búsqueda en la nueva era que nos ha tocado vivir.

A mí me preocupa esta cuestión, pero yo tampoco estoy en condiciones de responder a ello. Por otra parte esta cuestión le corresponde al Responsable el plantearla. Nosotros no lo tenemos aquí, puesto que en estos momentos está en Madrid haciendo un curso de castellano que le permitirá una comunicación más fluida, espontánea y cercana con todos los prados de habla hispana. Este aprendizaje es importante, tanto o más que los asistentes que llegamos a Francia tengamos que aprender el francés, aunque esto los franceses no lo comprendan tan fácilmente.

Uno puede hacer sugerencias, lanzar cuestiones, pero a tal vez la cosa no ha ido más en este terreno. Creo que el Prado debe superar la inercia en su funcionamiento y no reducirse a ir resolviendo las cosas que van apareciendo: asambleas, sesiones de formación, el seminario, compromisos, visitas. Hace falta reflexionar y planificar con prospectiva más allá de gestionar lo inmediato, lo que alcanzan a ver nuestros ojos. Este es un gran reto. Caminar en esta perspectiva es arduo, aunque indispensable y necesario. Este impulso es tarea de los Permanentes, pues el resto de Consejeros no está en el día a día, no conoce la realidad de los Prados de cada país y no tiene la dedicación suficiente. Podrán aportar cosas muy valiosas, también el Consejo ampliado, pero quienes deberán implicarse vivamente son los Permanentes. ¿Somos capaces de entrar por este camino? ¿Se tiene esto en cuenta cuando se elige el equipo para esta tarea? Marcar el rumbo, mirar con perspectiva, divisar al menos unos metros por delante del conjunto es muy necesario. Ojalá seamos capaces de hacerlo.

Durante algún tiempo el Prado ha caminado siguiendo el impulso que generaron algunas de las asambleas generales. El Consejo actual ha intentado rescatar este impulso ofreciendo una programación para los próximos seis años que desarrolla la Asamblea General, de manera que todo el Prado camine bajo el mismo impulso y en la misma dirección: anunciar a los pobres la insondable riqueza de Cristo.

La programación nos presenta el reto de servir hoy el carisma del Prado en odres nuevos, incluso de refundar el Prado. No sé si es necesario reciclar y acicalar la fisonomía del Prado, sobre todo, ante las nuevas generaciones que no han tenido el mismo estilo de formación que la mayoría de los que estamos aquí. Las preocupaciones en la Iglesia y en la sociedad son diferentes de las del tiempo del postconcilio, aunque muchas de ellas no se hayan resuelto. El Prado ha llegado a muchos de nuestros países en un contexto y en un ambiente que son muy diferentes al aire que respiramos hoy. El Prado ha estado en un tiempo muy vinculado a la Acción Católica, a la pastoral en barrios populares, al caminar de las comunidades de base y a la teología de la liberación. Todas estas realidades y mediaciones han sido muy positivas y lo siguen siendo, pero sabemos también que no tienen la misma vigencia, fuerza y presencia que tuvieron en otro tiempo. El Prado es más antiguo que todas ellas y había Prado mucho antes de que apareciesen estas corrientes, grupos o movimientos.

Si queremos llegar a las nuevas generaciones posiblemente tengamos que buscar otros puntos de encuentro y otros medios de acercamiento para poder hacer la propuesta de la vocación pradosiana.

Esto no significa menospreciar o abandonar la rica tradición que hemos recibido, sino estar atentos al momento presente y no fijar el carisma a una etapa, a una coyuntura, a un modelo de Iglesia o de pastoral floreciente y muy dinámico en un tiempo, pero que tal vez ha perdido su dinamismo o que debe renovarse y recrearse.

Hemos de centrarnos en la gran riqueza del Prado, vivir, testimoniar y transmitir esta gracia desde sus señas de identidad en cada momento y estando muy abiertos a los signos de los tiempos, al trabajo que está haciendo el Espíritu que conduce la Iglesia y la historia, aunque esto muchas veces nos resulte complejo y desconcertante.

El impulso que mueve al P. Chevrier, el punto de partida de su obra apostólica es el conocimiento de Jesucristo. Conocer a Jesucristo, ser otro Jesucristo, configurarse plenamente con Jesucristo es el motor, la fuente que sostiene y vivifica el Instituto del Prado. No sé hasta qué punto estamos viviendo y transmitiendo esto. Nuestro compromiso con los pobres, nuestra presencia en medio de los pobres, asumir la pobreza, todo esto se funda y tiene sus raíces en el conocimiento de Jesucristo. Esto es lo que se refleja en este texto del proceso de beatificación recogido en nuestras constituciones: “Entonces me decidí a seguir más de cerca a Jesucristo, para hacerme más capaz de trabajar eficazmente en la salvación de las almas, y mi deseo es que también vosotros sigáis de cerca a Nuestro Señor” (P 2,98; Cons 2).

La primacía de Jesucristo no es una evasión angelista ni una inhibición ante la suerte, las luchas y los sufrimientos de los pobres. Al contrario el conocimiento de Jesucristo es la fuente de la mayor radicalidad para nosotros que nos impulsa a vivir el dinamismo de la encarnación para ir al encuentro de los pobres a quienes hemos de servir la gran riqueza del Evangelio. Es muy importante tomar conciencia del proceso que sigue A. Chevrier: para responder a las necesidades de los pobres él se decide a seguir más de cerca a Jesucristo. Es ahí donde él encuentra la fuente, la radicalidad. Puede que esto sea algo a retomar y trabajar con ahínco y decisión en el Prado hoy.

La consagración secular es también otro de los grandes desafíos. ¿Cómo vivimos y testimoniamos la radicalidad evangélica a través de los Consejos evangélicos, vividos en medio del mundo, mostrando nuestra total pertenencia a Dios y a la misión que se nos ha encomendado? ¿Qué revela esa cierta resistencia a reconocernos como un Instituto de vida consagrada, esa timidez o esa cierta reserva ante la vivencia de los consejos evangélicos encuadrados en el mural de St. Fons? ¿No estaremos mostrando que ponemos reservas de pertenecer totalmente a Jesucristo al justificarnos que no somos religiosos a algo similar? He aquí otro capítulo importante a profundizar. Esto está muy relacionado con lo que se ha tratado más arriba, la relación con el obispo y la inserción en el presbiterio diocesano. Se trata de hacer familiar e inteligible nuestro carisma y nuestra vocación específica.

La búsqueda para abrir caminos nuevos a la evangelización de los pobres hoy en el contexto de lo que se ha llamado la Nueva Evangelización y que expresa de forma seductora y sugerente el Para Francisco en la *Evangelii Gaudium*